

RECUERDOS, HÉLICES Y TURBINAS

por Alberto Rumschisky

El peligro de turbulencia sigue siendo una seria amenaza a la seguridad del tráfico aéreo. En este tema, mi recuerdo es doloroso hasta hoy. Hace ya más años de los que quisiera, en un largo vuelo de Madrid a Buenos Aires, estábamos muy próximos al aterrizaje y me apresuré a ir al lavabo, antes de que pusieran la señal de ajustarse los cinturones. Pero cuando estaba ya dentro del servicio, el avión se desplomó en el aire, en una caída que me pareció de cientos de metros, y que me hizo chocar violentamente una rodilla contra el lavatorio. Tuve una seria lesión, con un ligamento parcialmente desgarrado. Todavía me duele, especialmente cuando hace mal tiempo.

Afortunadamente, en los últimos años han descendido mucho los casos de accidentes en la aviación comercial. Pero los especialistas en seguridad advierten que sigue amenazando la turbulencia del viento, que puede provocar que el avión se desplome varias decenas de metros mientras despega o aterriza, y hasta cientos de metros cuando va a altitud de crucero. Las turbulencias se deben a un efecto natural, ocasionado por los cambios en la dirección y la velocidad de las corrientes de aire. En otros casos, se provocan cuando el aire se mueve verticalmente hacia arriba o hacia abajo, como un caballo sin domar que trata de deshacerse del jinete.

En los Estados Unidos, donde se concentra el mayor tráfico aéreo del mundo, las Aerolíneas están obligadas a comunicar los incidentes con lesiones o daños graves a la Dirección Nacional de Seguridad en el Transporte (NTSB por sus siglas en inglés). Y este organismo revela que, en 2011, resultaron gravemente lesionados 59 tripulantes y 24 pasajeros a causa de las turbulencias. Los informes hablan de pasajeros con tobillos y costillas fracturados cuando trataron de ir al lavabo o simplemente no se ajustaron los cinturones. Y el personal de cabina ha resultado con lesiones todavía peores al ser "arrojados en un pasillo como muñecos o estrellarse contra los carros de comida y bebida".

Se cree generalmente que las principales heridas provocadas por las turbulencias se producen cuando las cabezas golpean en el techo del avión. Sin embargo, en los informes de la NTSB se describen situaciones como las de una azafata de la Southwest Airlines que se fracturó una costilla mientras, en medio de una turbulencia, trataba de ajustarse el cinturón de su asiento. En otra incidencia, un pasajero de Republic Airlines se rompió el tobillo al tratar de volver a su asiento cuando una turbulencia azotó el avión, que en esos momentos maniobraba para aterrizar. Por cierto que, en este caso, la turbulencia se produjo sin ningún previo aviso del radar.

El caso más grave que podemos encontrar en los registros de la NTSB data de 2003, cuando en un vuelo de Midwest Airlines que iba de San Francisco a Milwaukee, el sobrecargo, llamado Tom Higgins, fue arrojado desde su asiento, rodó inconsciente por la cabina y sufrió una triple fractura de pelvis. Otro tripulante se quebró la pierna en dos partes. La turbulencia abrió todos los compartimientos de equipaje; cayeron las máscaras de oxígeno, rodaron por la cabina los botes de refresco y las botellas, los pasajeros gritaban muertos de miedo, y el piloto debió realizar un aterrizaje de emergencia en Denver.

Los pilotos son prevenidos del riesgo de turbulencias por los controladores aéreos, que escanean constantemente los radares meteorológicos para avisar de las tormentas, que de este modo se pueden evitar desviándose de la ruta. Es así que, afortunadamente, en la inmensa mayoría de los casos se puede avisar con tiempo a los pasajeros, indicando que deben permanecer sentados y ajustarse los cinturones. Si obedecemos, seguramente lo peor que nos puede pasar durante la turbulencia es que sintamos como que hemos montado en una montaña rusa. Y, una vez pasado el susto, ya podremos dar las gracias. ●